

La crisis de la izquierda

Tomás Moulián

I. Negación de la crisis

El análisis de la crisis de la izquierda chilena es todavía una tarea plagada de riesgos. Basta un dato sintomático: algunos sectores consideran que ella no existe y que el mero planteamiento constituiría un escamoteo peligroso. Se piensa que tras esa piel de cordero ciertos intelectuales pequeño-burgueses disfrazan sus maquiavélicas pretensiones de imponer una dirección reformista a la clase obrera.

Aunque no se esté de acuerdo con esta posición, es fácil comprender sus razones. La palabra crisis está normalmente asociada a un determinado universo simbólico; se la vincula con las ideas de descomposición, derrumbe catastrófico, descalabro. Se la percibe como un momento puramente negativo, como una enfermedad que sólo puede afectar aquello que está destinado a desaparecer.

Invocando aquella noción catastrófica, algunos sectores de la izquierda rechazan el diagnóstico de crisis. Afirman que el argumento forma parte de una estrategia “liquidacionista”, que pretendería negar las tradiciones socialistas del movimiento popular. Hablar de crisis significaría renegar de esa historia, cuestionando los principios básicos de identidad. Ven en ese tipo de diagnóstico el preámbulo lógico de una idea complementaria, la necesidad de una profunda renovación de la izquierda.

Por lo tanto, el simple acto de aceptación del tema como válido nos mete al campo de batalla, portadores de algunas de las banderas de un bando. Desgraciadamente el carácter evidente y palpable de la crisis no es suficiente. La toma de conciencia de ella no se realiza como un reconocimiento sereno de una realidad objetiva, justamente porque uno de sus principales ingredientes es la negativa de algunos a aceptarla.

II. Síntomas de la crisis

La punta más vistosa del iceberg de la crisis ha sido la creciente fragmentación organizacional, política e "ideal" de la izquierda, fenómeno que se agrava cada vez más. La desarticulación de los aparatos unitarios, la división cancerígena de algunas organizaciones, la polarización interna de otras son los principales componentes del cuadro sintomático.

Algunos de estos procesos, nuevos solamente por su velocidad e intensidad, representan la expresión paroxística y extrema de ciertas tendencias que ya estuvieron presentes en el período de la Unidad Popular (UP). En aquel entonces la existencia, al final puramente formal, de una organización unitaria de dirección entre los partidos servía para encubrir decisivas discrepancias estratégicas, que se aceleraron desde fines de 1971 cuando fueron evidentes las limitaciones de la política económica redistribucionista. En una izquierda gobernante que buscaba además realizar "cambios revolucionarios" se multiplicaron los gérmenes de división que existían desde 1956, cuando el Frente de Acción Popular (FRAP) fue creado.

1. *Consenso inicial*

Inmediatamente después de 1973, la situación pareció cambiar. En efecto, se produjo una superación relativa de las discrepancias y de las tendencias disgregadoras que tanta responsabilidad habían tenido en la derrota política de la UP. Aunque con dificultades, los partidos de izquierda reconstruyeron sus ámbitos de dirección y algunos de ellos elaboraron una concepción estratégica común: la línea del frente antifascista. Esta definición significó importantes cambios respecto al pasado inmediato. En primer término, una revaloración de la democracia. En ese terreno el discurso teórico-político de la izquierda hasta 1973 había sido ambiguo y equívoco y no expresaba adecuadamente la propia práctica desarrollada. Se trataba de partidos insertos en el Estado que, aun durante la fase de "excepción" vivida entre 1948 y 1958, criticaron las exclusiones en nombre de las libertades democráticas exigiendo el derecho de reinsertarse en la lucha política desde el Estado. No obstante eso, la izquierda realizaba un discurso relativista respecto a la democracia, insistiendo en la crítica del Estado burgués, en las limitaciones de la libertad real que se derivaban de la explotación capitalista más que en la democracia como ámbito necesario para la constitución de las clases subalternas como sujetos políticos.

El segundo cambio importante fue el rescate de las concepciones efectivamente plurales de las alianzas; tesis deslegitimada en la izquierda desde el período frentista y del gobierno de González Videla. Con la for-

mación en 1970 de la UP pareció haberse impuesto la tesis "aperturista" del Partido Comunista (PC) contra la línea "purista" del Partido Socialista (PS), cuya materialización política más importante había sido (desde las discusiones en 1956 para la formación del FRAP) el acuerdo excluyente de los partidos populares. No obstante, en la práctica ni siquiera se intenta seriamente constituir un bloque con el centro políticamente más representativo, al cual se lo sustituye por un Partido Radical (PR) debilitado, que es aceptado porque no amenaza la supuesta hegemonía de los partidos obreros.

Ese diseño quizás tenga tanto que ver con la negativa de principios de los sectores más radicalizados de la izquierda como con la postura "alternativista" y antimarxista de la Democracia Cristiana (DC). En efecto, la tesis que se impuso en 1970 respecto a las alianzas fue una versión ecléctica y conciliadora. Es importante recordar que la UP surge mediante un acuerdo de compromiso que prefigura los problemas de dirección que más tarde produciría el equilibrio de fuerzas entre dos grandes partidos con concepciones disímiles.

Sin embargo, la derrota de 1973 y la instalación estable de un Estado autoritario destruyeron esas ilusiones de la "fuerza propia" y las pretensiones de autonomía "purista". Demostraron la necesidad, para el movimiento popular, de articularse con otros sectores antiautoritarios, como la forma posible de concretar en la lucha política su propia independencia de clase.

Ese interregno consensual duró poco tiempo. Los sucesivos fracasos en la concreción del frente antifascista erosionaron los acuerdos difícilmente adquiridos. Algunas de las causas tienen que ver con el movimiento democrático: la persistencia en el centro de tendencias alternativas y de ilusiones frente a la evolución de la dictadura; las limitaciones de la política de la izquierda, todavía no suficientemente purificada de un "obrerismo" que se confundía con perspectiva socialista o la exigencia, presentada como derecho preexistente y perpetuo, de hegemonía dentro del frente. Sin embargo, esos factores no fueron los más importantes.

Lo que hace más comprensible la situación es que el Estado autoritario, que todos los análisis condenaban a un derrumbe rápido e ineluctable, consiguió una creciente estabilidad. Superó la crítica situación de "estancamiento con inflación" de los años 1975-1976 y comenzó desde 1977 a buscar caminos de "institucionalización" política, sin verse afectado en ese proceso por crisis generadas desde la oposición ni por fracturas internas de carácter desestabilizador o capaces de fusionarse, en alguna coyuntura, con acciones de la oposición democrática. La profundización del programa económico de reformas liberales manifestaba una voluntad política "revolucionaria" que permitió la unificación de todos los sectores burgueses tras un bloque centralizado de dirección. La persistencia en los objetivos de reorganización económica, pese a las críticas de los sectores nacionalistas, jugó un papel central en la adhesión política de los empre-

sarios afectados por la recesión, en la medida que les permitía vislumbrar un horizonte de largo plazo.

La consolidación de un Estado que utiliza la represión con una perspectiva estratégica, buscando despolitizar la sociedad, vinculando la política con la posibilidad de la muerte (desapariciones, torturas, prisión, exilio) o con la marginalidad dentro de un mundo "plagado de nuevas oportunidades"; de un Estado que elabora y trasmite una ideología capaz de penetrar en capas sociales vacilantes, aún traumatizadas por la forma en que vivieron subjetivamente el proceso de la UP, fueron las razones de fondo que dificultaron la constitución de un bloque antifascista, tanto en el nivel de las direcciones como en los movimientos de masas. Las heridas del pasado y los temores del momento impidieron el diálogo y la concertación práctica de la izquierda con los sectores centristas.

Este fracaso en la materialización de la línea del bloque antifascista no fue la causa directa del proceso de fragmentaciones y divergencias que se desarrollaron desde 1979. No obstante, si aquella línea hubiera tenido éxito se habría producido una situación de ascenso del movimiento democrático que, al dibujar caminos claros de acción, quizás hubiese evitado los actuales procesos de atomización.

2. *La división del Partido Socialista*

Un momento crucial de esta escalada fue la división experimentada por el PS en 1979, la que después ha continuado hasta adoptar formas cancerígenas.

Es superficial ver esa división como una simple lucha por el poder en la cual los contenidos de la disputa constituyen meros acompañamientos musicales o racionalizaciones. La verdad es que la división se produjo por la pugna entre dos concepciones del partido, una de las cuales intenta la construcción de una organización leninista (lo que exige una refundación del PS histórico). Como es obvio, cada una de esas posiciones remite a formas diferentes de concebir el socialismo y de relacionarse, por lo tanto, con el mundo complejo de los socialismos reales.

Los procesos desarrollados en el PS desde la división tuvieron una gran importancia para el conjunto de la izquierda. Primero, porque demostraron la implantación precaria, dentro de una organización tan crucial para el equilibrio global, de las tesis del socialismo democrático. La ruptura de 1979 significó el rebrote de las concepciones teóricas leninistas y el abandono de la tendencia a buscar caminos políticos más ligados a la tradición populista del PS. Segundo, porque la división paralizó el funcionamiento de la UP, entrabándola en una típica querrela de investiduras. La coordinación entre las organizaciones de la izquierda se convirtió en un asunto apenas menos problemático que la unidad con el centro moderado.

3. *El viraje comunista*

A partir de 1980 la situación descrita ha tendido a agravarse como consecuencia de procesos absolutamente autónomos a los del ps. El principal de ellos consiste en el cambio de línea del pc después del plebiscito. El diseño preexistente tenía sus raíces en el viraje de 1933. En ese momento el pc abandonó la idea del carácter inmediatamente socialista de la revolución para alinearse en las tesis sobre el carácter democrático-burgués, que ya comenzaban a abrirse camino en la III Internacional y que preconizaba su *Bureau* Latinoamericano.

Esa línea sufrió sucesivas profundizaciones, cuyos momentos culminantes ocurrieron en 1936, con la formación del Frente Popular; en 1946 con los procesos al "browderismo" que en Chile significó la crítica a las políticas seguidistas del centro político y la exigencia de participación gubernamental de los comunistas; en 1950, en pleno período de ilegalización, con la expulsión de la fracción reinosista que preconizaba acciones violentas; hasta llegar, en 1956, al X Congreso del pc. Entonces, como reflejo del XX Congreso del pcus, se cerró el proceso de desarrollo de la línea de 1933. A través de sucesivos ajustes el pc había elaborado la tesis del Frente de Liberación Nacional, cuyo programa fundamentalmente antimperialista y antioligárquico buscaba crear un espacio de alianzas con la burguesía nacional. Con el X Congreso se reforzaron esas tesis centrales, agregándose un nuevo elemento que marcará los desarrollos teórico-políticos del pc hasta 1980: la posibilidad de un tránsito no armado del capitalismo al socialismo. La afirmación de esa línea se realizó en un período histórico caracterizado por el auge del "foquismo" en América Latina; por lo tanto, en medio de una fuerte lucha contra los sectores políticos que desde mediados de la década del sesenta plantearon, también en Chile, la lucha armada.

Es fácil percibir que el viraje iniciado en 1980 es contradictorio con la historia política del pc. El cambio de línea pretende sustentarse en un doble diagnóstico: 1] que el plebiscito habría cerrado todas las alternativas políticas y 2] que, existiendo las condiciones objetivas, solamente faltaría una vanguardia capaz de "gatillar" la combatividad de las masas, adormecidas por las tendencias pacifistas que han privado entre los partidos de izquierda, con la excepción del MIR.

Estos cambios son muy sintomáticos. Hasta el plebiscito de 1980 el pc había trabajado en la dirección exactamente opuesta: favorecer las aperturas que el centro intentaba obtener, sin darle demasiada importancia a las acusaciones de "seguidismo" que le lanzaban otras organizaciones de izquierda. En alguna medida, el viraje posterior corresponde a una psicología de frustración, lo que permite entender por qué el plebiscito es interpretado como un corte radical y no como la culminación perfectamente previsible de un proceso que la dictadura había comenzado en 1977.

No es difícil comprender por qué esa frustración de las expectativas

produce una inversión de la política previa. El PC elabora su línea utilizando como teoría el marxismo-leninismo, según una tradición interpretativa que ha predominado desde la década de los años treinta. Aquella tradición pone énfasis en el realismo de Lenin, quien haría del problema de los medios una pura decisión de balance de fuerzas sin conexión directa con el socialismo como proyecto de emancipación. Se da de Lenin la misma definición que Burham hace de los "nuevos maquiavelistas". Su realismo consiste en que modifica para cada coyuntura la definición de los medios políticos sin plantearse el problema de la legitimidad sino solamente el de la validez. Queda fuera del marco de este artículo mostrar que esa concepción de la política es difícilmente compatible con una concepción democrática de la lucha por el socialismo.

Si ese viraje del PC hacia las concepciones militaristas termina por consolidarse se producirá inevitablemente una nueva reordenación dentro de la izquierda chilena.

4. *Las divergencias en los partidos segregados de la Democracia Cristiana*

Simultáneamente con estos dos procesos se agravaron las tendencias a la polarización en algunos de los partidos originados por la fragmentación de la DC. En todos ellos (MAPU, MAPU-OC, Izquierda Cristiana) se discute su vigencia y su viabilidad histórica como organizaciones de base popular. Esto ocurre no estrictamente por un problema de crecimiento o por un peligro de desaparición sino por una mayor sensibilidad frente a los problemas que plantea el nuevo sistema de dominación.

La juventud de estos partidos, por lo tanto sus vinculaciones más laxas con las tradiciones del movimiento obrero y con los hábitos estatistas de la política chilena, crean allí un espacio más amplio para el desarrollo de tendencias y sectores renovadores que en las grandes formaciones, sobrecargadas de experiencias y tradiciones que tienden a cristalizar lenguajes y prácticas rituales.

Sin embargo, sobre todo el MAPU realizó durante el período de la UP un esfuerzo de mimetización; buscó su identidad en la asimilación más que en la diferenciación. El esfuerzo compulsivo del MAPU, en sus dos vertientes, por ser tan marxista-leninista como las organizaciones históricas, explica la situación actual, las dificultades para realizar su potencial renovador.

El MAPU, que se mantuvo unificado hasta marzo de 1973, adoptó las características ya catalogadas por los otros partidos de izquierda. Su pretensión de competir por la dirección del movimiento popular con los partidos consolidados impidió que buscara ser una corriente política de nuevo tipo, adoptando las señas, lenguajes y ritos tradicionales. En el momento de la división (1973) ninguno de los dos MAPU buscó una identidad original; ambos se redefinieron en función del campo de alternativas ya creadas. El MAPU-OC lo hizo a través de una vinculación estrecha con el

PC y con la política de Allende; el MAPU, como componente del polo revolucionario, un bloque radicalizado que pretendía combatir las “vacilaciones reformistas”. El elemento fundacional de 1969, su discurso crítico frente a la izquierda tradicional, considerada una resultante típica de la política cupular y transaccional del “Estado de compromiso”, representó solamente el anuncio de una posibilidad que no se concretó. Ambos partidos se enfrentan hoy día al problema de su viabilidad histórica, atravesados por contradicciones distintas, proceso similar al que sacude a la izquierda cristiana, pese a que ella resistió mejor las tendencias a la mimetización con los partidos tradicionales en el período de la UP.

En el MAPU-OC la crisis interna se desencadena como efecto de la ruptura del núcleo histórico de dirección y la oposición interna entre sectores ortodoxos y renovadores. En el MAPU y en la IC la crisis adopta formas más complejas. Se combinan residuos del antiguo “izquierdismo” (que hoy día toman la forma de un “basismo” radical o la fascinación por las soluciones militares) junto con tendencias de carácter leninista y también con la postura radical de algunos intelectuales frente al marxismo.

Estos partidos, enfrentados a una crisis de destino, se orientan hoy día a una creciente convergencia entre ellos como la manera de superar su conciencia de crisis y de realizar sus posibilidades renovadoras.

III. Las raíces de la crisis

En una sociedad traumatizada, en la cual un poder autoritario realiza transformaciones de la estructura económica, del Estado y de la cultura, los partidos actúan (no en la superficie pero sí en la forma de concebir su significado) como si fueran los sobrevivientes del pasado. Dan la impresión de ser objetos inertes, como si durante estos años hubiesen vivido refugiados en el Arca de Noé de su vida clandestina, quedando cristalizados en otro momento; razones como si entremedio no hubiese una tragedia (una derrota y una contrarrevolución), como si las representaciones conquistadas siguieran valiendo a perpetuidad, como si persistieran las mismas sensibilidades culturales y fueran pertinentes los mismos discursos, idénticos ritos y consignas similares. En realidad es innegable que sobreviven: sería injusto negar el mérito político que significa solamente el hecho de perdurar. Sin embargo, la verdad es que todavía representan mucho más residuos del pasado que fuerzas del presente.

La raíz principal de la crisis cuyos síntomas se han descrito reside en esta inadecuación histórica, que es la paradójica resultante de la fuerte raigambre que los partidos de izquierda tuvieron en la sociedad y en el Estado.

A continuación se describirán brevemente algunas de las principales manifestaciones de este “tradicionalismo”, cuya superación es necesaria para hacer política dentro de un nuevo sistema de dominación.

1. *Una concepción “estatizante” de la política*

Los partidos populares fueron en Chile un producto típico del desarrollo del Estado capitalista de compromiso. Con la inauguración en 1933 del bipartidismo de izquierda, esas fuerzas adquirieron una duradera “institucionalización”, cuyo significado principal es que se perciben a sí mismas y son percibidas por las otras como alternativas de gobierno o como alternativas de oposición dentro del Estado.

El viraje estratégico del pc en 1933, que coincide con la formación del ps, implicó definir una nueva relación con el Estado. Significó abandonar la estrategia de marginalidad, que se expresaba en la intención de “revolucionar” desde fuera al Estado, privilegiando la organización del partido como destacamento clandestino. Cuando en 1948 el pc fue excluido de la política estatal, sus acciones se orientaron a reinsertarse plenamente en el Estado, buscando entretanto mantenerse vigente como fuerza con expresión pública y presencia estatal.

Este tipo de estrategia marca el desarrollo político de la izquierda, definiendo el marco en que ésta plantea la crítica al sistema y sus propuestas de superación. Desde 1958 la estructuración del campo de fuerzas convirtió a la izquierda en alternativa de gobierno, siguiendo un esquema diferente del “frentismo” de la década de los años cuarenta, esto es, a través de coaliciones donde predominaban el ps y el pc.

Esta “institucionalización” de la izquierda dentro del “Estado de compromiso”, si bien definió sus formas de hacer política no provocó, como en el caso de los partidos obreros de masas en Europa, una metamorfosis del proyecto “ideal”. No obstante, desarrolló una concepción “estatista” de la política. Se privilegiaron las dimensiones que eran funcionales para la movilización institucionalizada de masas y para el ejercicio representativo del poder.

No es sorprendente que la izquierda esté todavía marcada por esas experiencias que la conformaron históricamente. Todavía conserva una concepción cupular, acostumbrada a una política cuyos escenarios decisivos eran el Parlamento, los ministerios, las direcciones partidarias; conserva la cultura del “Estado de compromiso”, donde las grandes virtudes eran la transacción y la negociación; mantiene la percepción del partido como una correa de trasmisión entre las masas y el Estado; cultiva la devoción ilimitada a los partidos sin darse cuenta de que en la situación actual puede haber formas más ágiles y vivas de organización; en el fondo, sigue definiendo a la política como gobierno/oposición en el Estado, acomodándose mal a la marginalidad y a la exclusión.

Por ello las respuestas de los sectores más tradicionales de la izquierda

se siguen moviendo pendularmente entre los dos polos de un mismo campo: la lucha militar contra el Estado o la negociación "aperturista" a través del centro moderado. Saltan de un lado al otro porque no imaginan otra concepción de la política.

Una experiencia distinta debería orientarse a la reconstitución del tejido social, donde los partidos jugaran papeles de animación o de coordinación más que de "dirección"; donde la acción no se agotara en el puro "Estado político".

2. Una relación mítico/culpable con el período de la UP

Todavía hoy la izquierda aborda su experiencia gubernamental cayendo en los extremos, igualmente inadecuados, de la mistificación o de la culpabilidad.

Últimamente se ha suscitado una polémica significativa, donde se revela una de las múltiples formas, la más benévola, de la tendencia mistificadora. Algunos critican que se hable de un fracaso de la UP y prefieren que lo sucedido se caracterice como una derrota. En esa actitud hay un aspecto positivo: el rechazo de las tendencias culpógenas que durante tiempo oscurecieron la perspectiva analítica. Pero también es una manifestación de la resistencia a afrontar las responsabilidades políticas, a enfrentarse a la experiencia de la UP como sujetos protagonistas. Se prefiere el término derrota porque habla de un proceso objetivo en el cual las evoluciones y desarrollos correspondieron a una lógica casi imposible de ser influida a través de un esfuerzo intencional y consciente. Una derrota pertenece a la esfera de los fenómenos cuya legalidad es inútil tratar de manipular; se trata de una situación de la cual se es víctima y no responsable.

Me parece, al contrario, que es indispensable abordar el período de la UP como un fracaso en el cual existieron errores discernibles y claras responsabilidades políticas. Esa perspectiva es la única que nos permite abordar la política como acción histórica, por lo tanto como situación manipulable y no como una especie de fatalidad, de conjuro de fuerzas oscuras.

La UP no representó la realización de una línea de profundización democrática sino el intento de desbordar rápidamente esa línea para caminar por el camino "más corto" hacia el socialismo. La obsesiva creencia en la actualidad inmediata del socialismo tomó formas diversas pero siempre estuvo presente. A veces se expresaba bajo la consigna de ampliar el Área de Propiedad Social (APS), porque ello aceleraría la maduración de las contradicciones; otras veces tomaba una forma más precisa y nítida, proponiendo la toma del poder, el asalto militar del Estado como la única salida de las *impasses* políticas concretas que enfrentaba el gobierno, o se expresaba en la proposición de una línea "maximalista" ("avanzar sin transar") que no tomaba para nada en cuenta los delicados

y complejos equilibrios en que reposaba la estabilidad del Estado y el control de las tendencias autoritarias que comenzaban a manifestarse entre importantes segmentos de las capas medias, desde donde permeaban ideológicamente a las fuerzas armadas y a ciertos grupos dirigentes de la democracia cristiana.

Por lo tanto, la derrota político-militar de la UP no es la demostración del fracaso fatal e irremediable de la estrategia del tránsito al socialismo mediante la profundización de la democracia sino el efecto catastrófico de la aplicación parcial y defectuosa de esa línea; de la tendencia a buscar compromisos imposibles entre ese tipo de estrategia y las concepciones izquierdistas del "polo revolucionario". Es la consecuencia política de la absoluta inadecuación existente entre la magnitud de las reformas revolucionarias que la UP intentaba y la "calidad" del bloque social y político en que se sustentaba. Éste distaba mucho de ser el "bloque nacional-popular" que hubiera sido necesario, en donde las diferentes vertientes populares, algunas de las cuales estaban representadas en la democracia cristiana, alcanzaran su unidad política. Este fracaso revela la incapacidad hegemónica de la UP para nuclear en torno a su programa a la totalidad de los sectores populares, muchos de los cuales siguieron atados al reformismo, que fue ideológicamente capaz de presentar su oposición a la UP como una batalla por la libertad y la democracia.

Analizar con claridad los errores y responsabilidades políticas que explican el fracaso para constituir un bloque popular y plantearse como alternativa hegemónica permite evitar las tentaciones culpógenas que conducen a renegar de la UP y a mirar ese período como un "momento irracional", que sería mejor olvidar.

3. *Los falsos diagnósticos del autoritarismo*

La izquierda todavía está apresada en un diagnóstico ilusorio respecto a la implantación estatal y social del autoritarismo en Chile. Desde 1973 se ha hablado de fascismo, pero la palabra era usada como un nombre y no como un concepto. La especificidad del fascismo como dictadura son sus raíces sociales y su carácter de respuesta a una crisis del desarrollo capitalista. Sin embargo, la izquierda usaba el nombre de fascismo pero pensando que el régimen era una especie de excrecencia momentánea, resultado de una conspiración maligna, y no un intento de respuesta orgánica a una crisis estatal.

Estas ilusiones se expresaban perfectamente en el tema de la "debilidad" de la dictadura. Esa esperanza confundía los fenómenos de la coyuntura con las tendencias de largo plazo. De hecho todos esos momentos de fragilidad, donde parecía que el Estado autoritario se desmoronaba como castillo de arena, fueron fugaces temporales, de los cuales salió indemne cuando no fortalecido.

Estas tendencias al espejismo tienen una raíz. El problema de fondo

es que no se comprende a la dictadura como un proyecto de remplazo de las formas históricas de la dominación burguesa. Las experiencias previas de reformismo demócrata cristiano o de la "vía chilena al socialismo" fueron posibles por las debilidades de las clases dominantes para fundar sólidamente su hegemonía en la democracia. Ellas obtienen de todas esas experiencias parciales y, más en general, del análisis de los condicionantes impuestos por el Estado de compromiso una gran lección histórica. Haberla aprehendido les permite actuar resueltamente como "partido autoritario", como una fuerza decisiva que en los primeros momentos del golpe militar inclinó la balanza en la disputa entre los grupos que planteaban un gobierno militar transitorio y los que aspiraban a una dictadura duradera, que refundara un nuevo orden social.

Vale la pena insistir en la paradoja: la izquierda, pese a que usaba el término fascismo, seguía sumida en la ilusión liberal de que un régimen tan terrorista no podía tener apoyos sociales y en el espejismo de creer que seguía indemne la "tradición democrática".

Con el tiempo algunas organizaciones perfeccionaron ese análisis, en particular señalando mejor la relación de la dictadura con la problemática de largo plazo de la dominación burguesa en Chile. Sin embargo, hasta ahora el diagnóstico de los partidos sigue siendo muy pobre en la comprensión de la complejidad del sistema de dominación autoritario. En ese vacío pesa con alguna fuerza la tradición "dimitroviana" que tiende a privilegiar los aspectos represivo-terroristas del fascismo, dejando en la oscuridad otros aspectos. En el caso chileno esa distorsión del enfoque es particularmente importante. El significado más profundo de esta dictadura es que usa la fuerza no solamente para contener los salarios y resolver algunos cuellos de botella del desarrollo capitalista, la usa para imponer un proyecto de hegemonía burguesa; esto es, para conseguir lo que las clases dominantes no pudieron conseguir nunca en el marco del "Estado de compromiso", pese a los avances en la profundización capitalista. La importancia asignada a la lucha ideológica y al control de los aparatos de hegemonía; la valoración del trabajo de sustentación intelectual del "sentido común" que se difunde a través de la publicidad o los medios de comunicación; las mismas restricciones a la difusión de ideas revelan preocupaciones nuevas en la política de las clases dominantes chilenas, durante mucho tiempo a la defensiva en el terreno ideológico. Se trata de un intento de "hegemonía en dictadura", donde se utilizan más los mecanismos de neutralización o negación de las ideologías y visiones de mundo antagónicas que los mecanismos de asimilación y articulación; donde se busca más el disciplinamiento o el "consenso pasivo" que la construcción de una nueva cultura fundada en bases ético-ideales. No obstante, más no significa sólo o absolutamente. De nuevo sería un error minimizar el proyecto hegemónico, porque hacerlo impide comprender su significado y su viabilidad.

Los residuos míticos que todavía perduran en los análisis de la izquierda, o aquellos que tienden peligrosamente a reaparecer, producen la inca-

pacidad de entender por qué la dictadura supera sus crisis, neutraliza a las oposiciones y, más globalmente, consigue la reproducción del sistema y la adhesión de sectores más allá del estrecho campo de los grandes capitalistas o de la burguesía "*tout court*" y aun del espacio más amplio de los segmentos tecnocráticos incorporados a los grupos económicos. Cuando estas realidades tangibles no son convenientemente sopesadas, las líneas políticas que se adoptan son construcciones idealistas, en general extraídas de la pura teoría.

4. *Las líneas políticas irreales*

Cuando no se perciben las raíces de las que la dictadura chilena succiona su capacidad de sobrevivencia y desarrollo, se elaboran soluciones irreales que no toman en cuenta ni la profundidad de la crisis estatal consumada en 1973 ni las proyecciones hegemónicas del sistema de dominación instaurado.

Además de la tesis del frente antifascista, dos son los casos más significativos: la apertura a través del centro y la derrota militar de la dictadura a través de la constitución de una fuerza militar propia. Ambas líneas tienen bases comunes: un análisis que subvalora algunos de los factores en que asienta su estabilidad el autoritarismo o que razona las circunstancias del presente con las categorías políticas del pasado.

La línea de la apertura a través del centro sobrevalora las posibilidades de fragmentación del bloque gobernante y también la capacidad de la oposición moderada para forzar una negociación, en parte porque la dictadura adopta "formas legales" e integra crecientemente a sectores tecnocráticos, erosionando la capacidad de representación política de esa corriente. Además se subvalora la capacidad de la cúpula gobernante para arrastrar hacia la unificación política a todos los sectores burgueses, muchas veces creando (como en el caso de la consulta de 1978 y del plebiscito de 1980) situaciones límites. Esa tesis es irreal porque concibe a la democracia cristiana y en general a la oposición como sujetos preconstituidos que siguen representando y, aún más, movilizándolo a los mismos sectores sociales que en el pasado. Igual que la línea del frente antifascista, se sostiene sobre la creencia de que la "tradicción democrática chilena" permanece incommovible entre todas las clases sociales. La persistencia de estas ilusiones impide pensar la reconquista de la democracia en las condiciones de retroceso histórico; desde una situación en que las tendencias adaptativas, de sobrevivencia o de inserción y, por último, de influencia "ideal", seguramente han afectado el prestigio de la política y de los partidos y han cambiado las antiguas pautas de representación.

La tesis que adopta a Cuba y Nicaragua como sus modelos históricos también subvalora algunos de los factores principales de estabilidad de la dictadura. Los propiciadores de esa línea tienden, en general, a poner más de relieve la represión y la fuerza como bases de estabilidad y repro-

ducción. Por lo mismo subvaloran los aspectos culturales e ideológicos. Son ciegos frente a la capacidad de penetración cultural o de disciplina social que ha conseguido la dictadura. Pero, paradójicamente, la propuesta de una línea militar tampoco se fundamenta en un análisis de la correlación de fuerzas, que es básico para justificar la viabilidad de soluciones militares. El profesionalismo y la capacidad técnica de los militares chilenos, las dificultades de aprovisionamiento, la ausencia de experiencia masiva de enfrentamientos armados, la negativa de los sectores moderados y de segmentos importantes de la izquierda a aceptar este tipo de política, la unificación del bloque dominante que produciría, son algunas de las razones militares y políticas que impiden pensar seriamente en ese tipo de estrategia. El triunfo nicaraguense le otorga hoy día un especial prestigio. No obstante, sería un error no tomar en cuenta los veinte años de derrotas que se prolongaron entre la caída de Batista y el triunfo sandinista.

Las líneas que hemos analizado someramente constituyen, desde un punto de vista u otro, soluciones irreales, ajenas a la complejidad de la situación. Aunque en algunos sentidos se han sofisticado los diagnósticos primitivos, se sigue creyendo en la debilidad intrínseca de la dictadura.

5. *El tradicionalismo teórico*

Rasguñando detrás de estas insuficiencias de comprensión se encuentra un acentuado tradicionalismo teórico. Sería entendible la necesidad de aferrarse a ciertas certezas, por último como defensa reactiva de la identidad, si ello no fuera una empresa arcaica en este momento de la evolución del marxismo y si no produjera una parálisis de la elaboración teórica.

Este es un momento en que ha estallado, por cada uno de sus costados, el monolitismo del marxismo; en que después de la escisión yugoslava se ha producido el cisma chino, se ha desarrollado el eurocomunismo, se conoce la reflexión de los disidentes marxistas dentro del campo socialista (Bahro, Mevdaief, Zinoviev) y cobra actualidad un pensamiento tan poco "clásico" como el de Gramsci. La reivindicación de una ortodoxia, única interpretación verdadera, solamente puede afirmarse en principios de autoridad. No podría basarse en el análisis histórico, en el estudio serio de la evolución histórica de la teoría marxista. Este estudio demostraría dos cosas: 1] que muchas afirmaciones marxistas creídas verdaderas están hoy puestas en duda y 2] que algunos de los pensamientos que el oficialismo consideraba heterodoxos siguen siendo marxistas.

Pero el problema principal que pretendo relevar es de carácter político: esta visión conservadora del marxismo dificulta la posibilidad de síntesis entre la teoría y la práctica. De hecho se producen los mismos efectos de distorsión que en el pasado reciente crearon espejismos e ilusiones.

Desde 1973, las acciones concretas de la mayor parte de los partidos de izquierda se han centrado en la crítica a la represión estatal, en la

defensa a los derechos humanos, en la reivindicación de la libertad política. Las grandes temáticas han sido la revalorización de la democracia como campo de constitución del sujeto popular y la vinculación necesaria entre democracia y socialismo.

Dos son las tesis que subyacen en esa práctica, cuya elaboración podría crear los fundamentos de una teorización marxista de la práctica política de la izquierda: 1] en el capitalismo solamente la democracia permite la constitución de un "Estado nacional" porque, aunque sea contradictoriamente, asume la existencia política del pueblo y 2] el socialismo no es una sociedad sin antagonismos de clase, donde está siempre garantizada a priori la representación de la clase obrera por el Estado; al contrario, el desarrollo socialista será el resultado de la lucha política de la clase obrera, muchas veces contra el Estado.

Ambas tesis, perfectamente compatibles con el análisis marxista, son difíciles de aceptar para el marxismo-leninismo en uso. Éste analiza la defensa de las libertades políticas como un momento táctico y caracteriza el Estado socialista como un régimen de fuerza. El carácter socialista está nominalmente garantizado por la dirección del partido comunista, que es *per se* el representante de la clase obrera.

El predominio de ese tipo de concepciones impide elaborar la experiencia práctica del movimiento popular en estos años de lucha contra el autoritarismo, así como en el pasado impidió comprender el significado y las condiciones de posibilidad del gobierno popular.

6. *Una concepción jacobina del partido*

Este marxismo-leninismo en uso, cuya filiación con las tesis de Lenin es (por lo menos) problemática, también impide definir correctamente el carácter del partido. Las relaciones entre dirigentes y militantes tienden a ser pensadas según un modelo burocrático. Esta teoría resulta del desarrollo de dos tesis: 1] el partido es una vanguardia que debe iluminar la conciencia atomizada y fragmentada de las masas, importando desde fuera la teoría del proletariado, el marxismo-leninismo y 2] el partido debe organizarse como un destacamento cuya cúspide son los cuadros revolucionarios, generalmente profesionales de la política, que a su vez tienen la función de organizar, movilizar y educar a esa "masa interna" que son los militantes.

La aplicación de este paradigma puede ser criticada desde tres puntos de vista. Uno es el de la eficacia, especialmente en las condiciones de clandestinidad. Constituye un axioma de las concepciones burocráticas pensar que siempre la productividad está relacionada con la centralización de las decisiones. Sin embargo, en las condiciones de clandestinidad se hacen más necesarias que nunca la descentralización operativa y el estímulo a las iniciativas de base, porque de otro modo la organización se inmoviliza.

La segunda crítica es aún más pertinente. La aplicación de un paradigma burocrático impide que en el partido revolucionario la militancia se convierta en una experiencia educativa. La lógica de la centralización trata a los militantes como “obreros” que operan y aplican, mientras que las funciones intelectuales y creativas se concentran en las alturas. Eso hace imposible que el partido constituya, como dice Magri, un lugar donde se realizan, de una forma prefigurada, las consignas ideales: democracia y socialismo.

La otra crítica toca un aspecto central. Tiene que ver con los efectos que produce el paradigma burocrático en las relaciones con las masas. La teoría “iluminista” del partido lo define como una vanguardia que se relaciona con la masa en la forma de un “preceptor” y no como un organismo que cumple funciones de elaboración de las experiencias prácticas y de generalización de ellas. Su trabajo de dirección debería ser plantear hipótesis sometidas a verificación. Mientras no se critiquen esas concepciones burocráticas, el partido corre el peligro de ser extraño a las masas y de jugar un papel vanguardista que no respeta ni su cultura ni sus ritmos ni sus necesidades.

V. Conclusiones

Todos los problemas señalados se sintetizan en uno que es, en definitiva, el principal: una forma anacrónica de hacer política, que no se adapta a las nuevas condiciones de la dominación burguesa. Algunas de las expresiones concretas de esta inadecuación son las siguientes: 1] una visión “agitativa” de la política, modalidad discordante con la actual situación de reflujo de masas. Ellas permanecen apegadas porque repiten las formas habituales, típicas del Estado de compromiso y de un período de movilización ascendente: mítines, declaraciones, marchas o intentos de marchas, volantes esparcidos, una corta coyuntura caliente en los patios del Pedagógico, ayunos, foros. En la situación actual, donde hay un movimiento de masas atomizado y fragmentado, todas esas acciones conducen, cuando más, a cortos períodos de euforia; 2] una visión “partidista” de la política, que está más preocupada de lo particular que de lo general, que se interesa más en influir, reclutar o cooperar puestos directivos que en comprender y estimular las dinámicas del movimiento social; 3] la debilidad del trabajo cultural, el cual no es considerado como momento central de la política. Eso revela una falla analítica: no captar la importancia para el actual sistema de dominación de constituir una visión de mundo hegemónica; 4] la ausencia de una visión “constructiva” de la política, para la cual el foco de la acción está en la reconstrucción del movimiento

social, de las células de una hegemonía alternativa; 5] la tendencia a una visión "cortoplacista" que privilegia lo "agitativo", que menosprecia las lentas tareas de reorganización y el trabajo cultural, que gasta sus esfuerzos en la lucha interpartidaria, metafóricamente presentada como la disputa de los papeles de vanguardia.

Estos sucintos enunciados señalan algunas direcciones. Lo central es que la superación de la crisis actual de la izquierda requiera un esfuerzo consciente de renovación, el cual constituye una tarea de largo aliento.

BIBLIOGRAFÍA

- Brunner, José J., "Crisis de identidad en la izquierda", *Convergencia*, México, diciembre de 1980.
- Garretón, Manuel A., "Transformación social y refundación política. Notas sobre problemas de la alternativa en el capitalismo autoritario", *Materiales de discusión-Flacso*, núm. 12, Santiago, 1981.
- Tironi, Eugenio, "Inventario de una crisis", *Análisis*, núm. 32, Santiago, 1980.
- Moulián, Tomás, "Por un marxismo secularizado", *Mensaje*, Santiago, octubre de 1981; "Problemas de teoría política marxista: una crítica de Lenin", Documento de trabajo, Flacso, Santiago, 1980.